

Notas

EN LA INSTALACION DE LA ACADEMIA DE HISTORIA ECLESIASTICA DE COLOMBIA

Por Carlos Eduardo Mesa G., C.M.F.

La Academia de Historia Eclesiástica Colombiana que ahora mismo estamos inaugurando, con esta ceremonia de tan sobrio estilo, ha germinado no solamente en coincidencia con una gran coyuntura de la cristiandad sino justamente como tallo vivaz de un espíritu que hoy de manera visible lozanea en la gran familia de los redimidos: el sentido eclesial.

La Iglesia de Cristo es hoy, tal vez más que nunca, la ciudad sobre el monte, la presencia ineludible y para sus hijos, una inquietud de amor. Estamos viviendo una hora eclesial. Y en estos momentos, con apasionada intensidad, gracias al dinamismo de un Concilio convocado por divina inspiración.

El misterio de la Iglesia —como gusta de decir Pablo VI y ha recordado en su primera encíclica— ha consumido las vigiliat de eminentes ingenios, en particular desde los días del Concilio Tridentino reunido para reparar las consecuencias de aquella crisis que desgarró de la Iglesia naciones enteras.

El 21 de enero de 1870, los Padres del Concilio Vaticano I recibieron el esquema de la constitución sobre la Iglesia, evidentemente inspirado en el pensamiento eclesial de San Roberto Belarmino e influido por las preocupaciones del momento que entonces atravesaba la Iglesia. La doctrina de aquel esquema convergía hacia la concepción de la Iglesia como "Corpus Christi mysticum". Interrumpido el Vaticano I, de entonces acá la Iglesia ha sido incitación permanente para un grupo selecto de hijos suyos que la han cortejado porfiadamente lo mismo por los caminos de la inteligencia que por los caminos del amor, del servicio y del sacrificio.

En la mente de Pablo VI, que se nos franqueó en su primera encíclica, el Concilio Ecuménico Vaticano II no es otra cosa sino una continuación y complemento del I, precisamente por el empeño que tiene de volver a examinar y definir la doctrina de la Iglesia.

"No podemos —añade el Papa— dejar de mencionar con particular recuerdo dos documentos: nos referimos a la encíclica "Satis cognitum" del Papa León XIII (1896) y a la encíclica "Mystici Corporis" del Papa Pío XII (1943), documentos que nos ofrecen amplia y luminosa doctrina sobre la divina institución por medio de la cual Cristo continúa en el mundo su obra de salvación".

Pablo VI cita a continuación las palabras con que se abre la encíclica de Pío XII, de la que dice que es "texto autorizado acerca de la doctrina de la Iglesia y fuente de meditaciones espirituales sobre esta obra de la divina misericordia que a todos nos concierne".

Dice Pío XII: "La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia recibida de labios del mismo Redentor, y que pone en su debida luz el grande y nunca suficientemente celebrado beneficio de nuestra íntima unión con tan excelsa Cabeza, es ciertamente de naturaleza tan grandiosa y sublime que invita a la contemplación a todos cuantos son movidos por el Espíritu de Dios e iluminando sus inteligencias, los incita eficazmente a aquellas obras saludables que derivan de esta misma doctrina".

Sí, la Iglesia ha excitado, según la palabra de Pío XII, contemplación y obras saludables. Especulación teológica y expansiones de apostolado; teología y acción eclesial.

Para mejor conocerse a sí misma, para permanecer en fidelidad a su ley interior y a su línea de identidad, para profundizar en sus esencias, la Iglesia ha reiterado, en estos últimos años, el retorno asiduo a sus fuentes primitivas e incontaminadas: la Biblia, la Liturgia, los Padres. Y ha florecido con primavera insospechada, en especulaciones y en vivencias que es fácil comprobar lo mismo se fije la vista en los documentos del magisterio, en las disertaciones de los doctos o en la práctica del pueblo de Dios.

Al sentido eclesial se deben el movimiento misional, particularmente intensificado desde la encíclica "Maximum illud" de Benedicto XV, la Acción Católica, como teoría y como experiencia multiforme, la promoción del laicado hacia una participación más activa en las tareas de la Iglesia y cuya misión especial, según Pío XII, sería la "consacratio mundi" y finalmente hasta esa misma exacerbada autocrítica que en estos años ha prevalecido entre algunos pensadores de los viejos países de la catolicidad.

Es evidente que la Iglesia se ha despertado hacia adentro, se estudia a sí misma en empeños de clarificación y, como diría San Agustín, se ha hecho cuestión para sí misma. "Factus sum mihimetipsi quaestio". Pero además de hacerse cuestión o problema, se nos sigue ofreciendo como vida, en extensión y en intensidad.

Hablando de este ahondamiento eclesial ha dicho hermosamente Romano Guardini: "La Iglesia se despierta en las almas". Y éstos han sentido el gozo y también la tremenda responsabilidad de pertenecerle, de trabajar en su servicio, de sufrir por Ella y con Ella.

Pero además parece que el mundo está redescubriendo a la Iglesia. Las nieblas que a veces velaban la ciudad sobre el monte, las ráfagas que a menudo hostigaban la luz sobre el candelabro se han desvanecido en estos últimos tiempos. Recientemente el Cardenal Bea hablaba en Asís de un "descubrimiento" de la Iglesia a las llamadas del Vaticano II.

En realidad, la sociedad actual, ensordecida por el engranaje de la maquinaria fabril, jactanciosa de su técnica, proyectada hacia el sondeo del cosmos, aplicada golosamente a los goces del sentido e indiferente para con los valores sobrenaturales y religiosos, se ha sentido de pronto sacudida por un reclamo de espiritualidad y se ha estremecido ante el paso del misterio de la Iglesia.

Nuestro mundo de hoy no es insensible a las realidades del espíritu ni tampoco a la voluntad de diálogo que se ha manifestado de particular manera en la actitud abierta de los últimos Pontífices desde León XIII y que ha cristalizado

en las palabras confortadoras de Pablo VI en su encíclica sobre los caminos de la Iglesia: "La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio".

El diálogo está entablado paladinamente a través del Concilio a cuyo desarrollo no han podido permanecer indiferentes los órganos de publicidad del mundo entero, cristianos o no.

El Concilio Vaticano II ha dedicado ya largas sesiones de estudio a la Iglesia de alma adentro y a la Iglesia de puertas afuera.

El fruto más logrado del Concilio es, según eminentes observadores, la Constitución dogmática sobre la Iglesia.

"Hay que tener en cuenta —anota Congar en sus "Ensayos sobre el misterio de la Iglesia"— que el actual tratado de Ecclesia se constituyó en condiciones muy defectuosas, se llevó a cabo como defensa sucesiva contra el galicanismo y el protestantismo: o sea que fue usado como arma apologética en que los puntos atacados constituían exclusiva o casi exclusivamente el objeto de una elaboración a menudo unilateral".

"El movimiento teológico de hoy —decía Congar antes del Concilio— revela ya la voluntad de sobrepasar la teología unilateral y a menudo demasiado esclerótica de después del Concilio Tridentino, para remontarse más allá de la Reforma a las grandes fuentes de la edad patristica y de la revelación bíblica".

La Constitución dogmática sobre la Iglesia elaborada por el Vaticano II obligará, sin duda alguna, a remanejar los tratados dogmáticos De Ecclesia en una visión de conjunto que ha de resultar maravillosa por su estructura armónica, su densidad de contenido, su ausencia de sentido polémico y su fidelidad a la Escritura, a los más antiguos documentos de la Tradición, a lo más jugoso de las encíclicas, en suma, a las fuentes del magisterio eclesial, por donde sucederá que nuestros hermanos en Cristo, no católicos, podrán verificar la plena conformidad de la fe de la Iglesia romana con la fe predicada por Cristo y sus apóstoles y proclamada en la Iglesia de los primeros siglos.

Hay en la Constitución dogmática sobre la Iglesia un carácter que en este preciso momento nos conviene destacar: Ella nos presenta una eclesiología de marcado carácter histórico.

Nota descollante de la Sagrada Escritura, como todos sabéis, es la índole histórica con que nos va presentando la revelación divina. Existe una manifestación progresiva de la voluntad divina a lo largo de amplios espacios de tiempo; lentas preparaciones providenciales van concurriendo hacia el advenimiento del reino de Dios. Y es la Biblia, el libro inspirado, el que nos va desvelando y esclareciendo la obra salvadora desde el génesis hasta el Apocalipsis, en una misteriosa cadena de hechos y en un sucederse y actuar de hombres bajo los designios de la Providencia. Vemos así al hombre como un caminante con un origen y un destino conocidos. Vemos a la Iglesia en condición de itinerante, pasando en etapas milenarias, por todas las fases de la historia religiosa y sobrenatural hasta que llegue la consumación y la parusia.

La Iglesia, nuestra Iglesia, tiene relación con toda esa historia religiosa y en particular con la historia del pueblo hebreo, que constituye para la nuestra un preámbulo y una prefiguración.

Al insistir en este carácter histórico la Constitución dogmática acepta uno de los signos culturales de nuestra hora: el interés por el hombre y por su libre peripecia misteriosamente conducida desde lo alto por la Suprema Providencia.

Notas

Hay, por ejemplo, una incitación recóndita en la interpretación teológica de la historia de Israel considerado como símbolo y figura de la Iglesia.

Cuando el pueblo hebreo era un diminuto y turbulento conglomerado de tribus, como asfixiado entre los poderosos imperios de Egipto y de Mesopotamia, ninguno, por simple vaticinio humano, hubiera predicho que a la vuelta de cuatro milenios tales imperios serían solamente un amasijo de dispersos datos y de soterrados vestigios, a duras penas reconstruibles por expertos investigadores, al paso que el Israel de Dios —esto es “el resto”— se había convertido en pueblo innumerable como las estrellas, en reino que no tendrá fin.

De igual manera podemos hoy asegurar, sin temor a equivocarnos, que dentro de tres o cuatro mil años, las grandes naciones del presente serán desvaídos recuerdos históricos, en tanto que la Iglesia de Cristo, pequeña grey, permanecerá viva en torno a Aquel que dijo: Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

Anotaré de paso que no es esta solamente la creencia de un hombre que se fía de la palabra de Cristo. Es además el vaticinio del famoso historiólogo inglés Arnold Toynbee quien opina que de las cenizas de nuestra civilización occidental resurgirá todavía más vivo el cristianismo para seguir inspirando nuevas formas de cultura humana de mayor extensión y alcance.

“El cristianismo —escribe Toynbee— no ha sido nunca un monopolio de los cristianos occidentales; y creo que podemos predecir con fiabilidad que continuará siendo una fuerza espiritual viva en el mundo por miles de años, cuando ya nuestra civilización occidental haya pasado completamente.

“Aunque nuestra perspectiva histórica es más bien corta —ya que sólo se retrotrae a unos miles de años— nos da la suficiente certeza de este hecho: todas las instituciones seculares: estados, naciones, gobiernos, lenguas, civilizaciones, tienen una vida muy corta comparadas con las religiones. Podemos estar seguros de que el papel de nuestra civilización en la historia va a ser mínimo comparado con el papel que desempeñará el cristianismo” (Christianity among the Religions of the World, Londres, 1958, pág. 63).

En esta Iglesia de Cristo y de la pervivencia; en este misterio de Dios entre los hombres; en esta prodigiosa historia de salvación está insertada, desde su nacimiento y en su totalidad, esta realidad entrañable e indefinible, pero viva y llamada a grandes destinos en el quehacer universal, que llamamos Colombia.

Su trayectoria en el tiempo y en el espacio, el decurso de sus días y de sus hombres, ha ido deslizándose durante cuatro siglos —somos de ayer— íntima e indisolublemente trenzada con el nacer y el operar de la Iglesia católica sobre el territorio que circunscribe nuestra nacionalidad.

Entre los misterios de la gracia de salvación está el de realizarse en combinación e intercambio de influencias con las creaciones y las sociedades del hombre.

“Después de todo —advierte el moderno historiador alemán Ludwig Herling— los hombres que las forman son los mismos a quienes la Iglesia debe atender y la actividad de ésta se desarrolla en el mismo ámbito que el de las demás sociedades.

“Existe, pues, un entrelazamiento, una mutua interacción de cultura y economía, guerras, dinastías y formación de estados que ora favorecen, ora turban la labor pastoral de la Iglesia.

“Desde este punto de vista no es posible una historia eclesiástica “puramente religiosa”. Con todo, su idea directriz ha de ser siempre la cura de almas, como misión esencial de la Iglesia”.

La Iglesia católica, en Colombia, cuenta con un pasado opulento y está viviendo ahora un luminoso meridiano de plenitud.

Como la misma Iglesia, tuvo principios humildes. Ella arribó a nuestro suelo, poblado de tribus gentiles, con los descubridores, los conquistadores y los colonos de España. Ella nos llegó con los evangelios, los misales, los catecismos y los rosarios de los primeros capellanes. Ella se nos incrustó con las primeras cruces de palo que las expediciones de Jiménez de Quesada, Federmán o Belalcázar iban hincando en nuestro suelo a medida que avanzaban con indecibles penalidades tierra adentro. Ella empezó a ser onda de vida con el agua de nuestros ríos que bautizó a los indígenas adoctrinados y nos dejó la presencia permanente del tabernáculo y del calvario con las primeras misas celebradas en Urabá, en Santa Marta, en la altiplanicie bogotana o en este valle de Aburrá y de San Bartolomé.

Nuestras ciudades empezaron con la misa, como aquella que Fray Domingo de las Casas celebró en Bogotá delante de un menguado grupo de españoles y de chibchas. Nuestra arquitectura de hoy con las chozas, las casonas amplias y las ermitas inolvidables; la cultura, con las lecciones de catecismo que los frailes dictaban al aire libre y con las precoces cátedras universitarias que se apresuraron a crear en Santa Fe de Bogotá; nuestro sentido de la dignidad humana y de la altiva independencia proviene de las aulas universitarias de Salamanca y el culto de los valores supremos nos quedó y nos manda —los muertos mandan— como herencia de los cristianos de Castilla, de ellos virtuosos, de ellos pecadores, pero todos saturados de fe y de esencias cristianas.

Iglesia y Patria se han configurado en Colombia simultáneamente entrelazando sus destinos y sus hechos determinantes con cruzamientos e interferencias imposibles de discernir en muchos casos.

Cuando, por ejemplo, nuestro ilustre correspondiente en Roma Abel Salazar, trazó la historia de los Estudios Eclesiásticos en el Nuevo Reyno de Granada, prácticamente abarcó la totalidad de nuestra cultura colonial y cuando el sacerdote antioqueño Iván Cadavid disertó en su tesis doctoral sobre la Iglesia ante los partidos políticos de Colombia, al hacer un capítulo de historia eclesiástica colombiana, tejió igualmente un interesante capítulo del pensamiento colombiano. Hoy mismo, el misionero de la selva que al amanecer celebra el sacrificio de la misa y enseña catecismo a nuestros hermanos indígenas es el mismo que les fabrica un puente o los hace desfilar delante de la bandera infundiendo en sus inteligencias primitivas la idea de nación y de patria. Hace simultáneamente cristianos y colombianos. Hace Iglesia y Colombia.

No es ésta la oportunidad de repasar, ni siquiera en apresurada síntesis, la trayectoria de la Iglesia en Colombia. Baste con recordar que a lo largo de su camino, la Iglesia ha vivido en esta patria de nuestros amores y dolores, jornadas de acción misional y pastoral no indignas de la universal historia eclesiástica, que tuvimos evangelizadores canonizados, mártires conocidos y desconocidos, aunque éstos no para Dios; prelados de heroica estatura espiritual; sacerdotes, religiosos y laicos que hicieron vida propia el Evangelio de Jesús. Baste con recordar que la tarea de la Iglesia perdura viva e inocultable en todos los campos de la cultura patria, que Ella ha participado en todos los momentos estelares de nuestra nacionalidad y que para asemejarse más a su Fundador no le ha faltado la señal del martirio y la hora de Getsemaní.

Uno es de los que creen que en esta coyuntura histórica la Iglesia colombiana ha alcanzado una espléndida y confortadora madurez. Está bien que los cultivadores de la estadística socio-religiosa nos llamen la atención hacia el automatismo católico, hacia la inerte pervivencia cristiana, hacia la pertenencia de muchos compatriotas al ambiente, pero no a la honda vida religiosa. Vitalicemos la fe y no descuidemos nuestro más preciado tesoro. Pero se puede reafirmar con objetivo optimismo la presencia y la pujanza espiritual de nuestra Iglesia en esta hora de la patria.

Nuestra Jerarquía, estratégicamente aumentada, ha sido coronada por la Santa Sede con la roja púrpura cardenalicia. Nuestros prelados se adelantaron —ya desde 1908— a las conferencias episcopales hoy preconizadas por el Concilio Vaticano II y que en la misma Italia sólo empezaron en 1962, con aplauso del entonces Cardenal Montini que la anunciaba así a sus diocesanos milaneses: “Es esta la primera reunión del episcopado italiano en la historia...”.

Hemos captado signos de madurez: en Roma se están ya tramitando las causas de beatificación de varios colombianos de nuestros días: de un arzobispo de evangélica mansedumbre, de una misionera arrolladora, de un joven testigo de sangre.

Nuestro clero, muy abierto a los problemas del mundo y reciamente afirmado en la espiritualidad de siempre, se va adaptando con facilidad a las exigencias de una pastoral organizada, motorizada y dinámica.

Sutatenza, Fómeque, el Minuto de Dios, dan lecciones de pastoral, estilo siglo XX.

Las universidades de la Iglesia forman equipos de profesionales inspirados en métodos de exigente rigor científico y moral. Y las congregaciones religiosas, procedentes de otros solares de la cristiandad o brotadas ya en nuestra tierra, proliferan en funciones y en obras de apostolado y como las Lauras, que son de ayer y de aquí, se han dilatado por diversos países y hasta por la vieja Europa o como los Javieres se aprestan a llevar el mensaje de Cristo al Corazón del Continente africano. Colombia católica está a punto de desbordarse en anhelos de evangelización y hermandad espiritual.

Todo esto me parece indicio de plenitud y madurez.

Pues bien: esta hora eclesial del mundo y esta hora eclesial de Colombia son las que explican, las que ambientan, aún más las que producen la aparición, para muchos insospechada, por bastantes soñada, por todos calurosamente aplaudida, de esta Academia de Historia Eclesiástica de Colombia.

La idea bullía en el corazón de algunos como un fermento que no dejaba descansar; la iniciativa diríamos que estaba en los aires buscando la antena que la captara. Ello —bendito sea mi Dios!— sucedió un once de febrero de este mismo año en esta ciudad cristiana de Medellín, gracias a las luces y al sentido eclesial de los dos Prelados que nos presiden y a quienes me es grato expresar la gratitud de toda Colombia, que se siente, con esta Academia, aliviada en una de sus más nobles aspiraciones.

La Academia nace teniendo por delante una inmensa, fecunda, inacabable tarea.

La historiografía eclesiástica de Colombia es en cierto modo —quisiera equívocarme— exigua, desigual e incompleta.

El pensador español José Ortega y Gasset confesaba de sí mismo la insatisfacción que sentía ante todo libro de historia. Lo que al pensador español acaecía por sensibilidad culturalista, a uno le sucede por amor de Iglesia y de Patria. Tenemos una opulencia historial inexplorada en grandes zonas; nos falta la obra integral que satisfaga plenamente por la copia de documentación, la sabiduría de criterio, la mirada penetrante y de conjunto.

Y no es que desconozca uno las aportaciones de nuestra historiografía desde los remotos cronistas coloniales: Aguado, Simón, Fernández Piedrahíta, Zamarrá. En las órdenes religiosas que cristianizaron este Nuevo Reyno de Granada, particularmente entre Franciscanos, Dominicos y Jesuítas, surgieron meritísimos historiadores que, disgregados y sin intentarlo, vinieron a formar escuelas que con distancia de siglos es fácil agrupar y clasificar.

Hoy mismo debemos aplaudir la bella labor investigadora que de especial manera en Bogotá y en otras ciudades de abolengo hispánico se ha dedicado a iluminar los hombres y los acontecimientos que formaron nuestro país. Citar este grupo de investigadores sería repetir en gran parte la lista de los socios fundadores de esta Academia, con una excepción que humildemente anoto.

Contamos también con ciertos libros fundamentales y si queréis clásicos, aunque de fechas que ya van siendo lejanas, como la historia de Groot o las monografías de Juan Pablo Restrepo, de Pedro de Leturia, de Severino de Santa Teresa, etc., por no mencionar más que a los muertos ilustres. Vosotros mismos, señores académicos, podéis agobiarme ahora con un recuento bibliográfico de estudios, monografías y libros de inestimable valor.

Pero la realidad es que nos hace falta el gran libro de la Historia Eclesiástica de Colombia que pueda siquiera equipararse con la historia de la Iglesia Mejicana del jesuíta Padre Cuevas; que nos falta, incluso, el modesto y simple texto escolar que a nuestros seminaristas de hoy les haga conocer los héroes y forjadores de nuestro catolicismo y las jornadas de martirio y de gloria que se han sucedido en la Iglesia colombiana.

Historia tan larga, tarea tan compleja, fuentes historiales tan dispersas —se hallan en Roma, en España, en Colombia, en los países vecinos— exigen imperiosamente un equipo de investigadores y de historiadores que vayan preparando y facilitando lo que Menéndez y Pelayo denominaba “la aparición del historiador perfecto” o mejor aún, porque hay empresas que difícilmente son ya para un solo hombre, la historia perfecta en que se aunen el respeto a la verdad, el riguroso procedimiento metódico, la visión de conjunto y aquella exposición genética que da vida a los hechos poniendo a plena luz sus secretas raíces, su evolución y la trabazón que entre ellos existe.

Si es una verdad lastimosa y bochornosa que nuestra historia eclesiástica se halla en gran parte desconocida para los connacionales, no es de extrañar ni casi puede causarnos molestia o desazón que sea preterida o menospreciada por los historiadores extranjeros.

Sería fácil demostrar esta afirmación, que asiento con absoluta objetividad, con la presentación de citas de afamados historiadores, como Lortz, March, Ridder, Poulet modernizado por Don Gaillard, en cuyas obras, que a las veces se nos exhiben como puestas al día, se aportan sobre la que ellos se complacen en llamar la Iglesia de Latinoamérica datos mínimos, incompletos, equivocados y con frecuencia vergonzosamente retrasados.

Me permitiría hacer una excepción en favor de la escuela de historiadores españoles de la Compañía de Jesús, como los meritísimos Padres Constantino Bay-

le y Pedro de Leturia, ya fallecidos, o como los Padres Llorca y demás que han preparado la Historia de la Iglesia católica publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos, los cuales han dado ya presencia, importancia y beligerancia a la vida de la Iglesia en los países americanos.

Exiguo, en verdad, es lo que dicen en esta divulgada historia, pero se advierte amor y voluntad de acierto.

Ahora bien: de ese silencio en que nos envuelven, de ese desdén con que nos tratan, los primeros culpables somos nosotros, que deberíamos escudriñar, conocer y difundir nuestra más bella, limpia y consoladora historia.

Por todo ello y por otras razones que son claras a vuestra ejercitada perspicacia, nace y se crea, muy enhorabuena, la Academia de Historia Eclesiástica Colombiana.

En esta hora en que la cultura, como una de sus floraciones más exquisitas, nos ha enriquecido el alma con la conciencia histórica como saber que entra a pesar en nuestra vida; en esta hora en que la Santa Sede, desde su atalaya de horizontes y de luz, declara el estudio de la historia eclesiástica como materia primaria de sus universidades y seminarios; en esta hora en que el Sumo Pontífice Pablo VI nos invita al diálogo, está muy en su punto que nosotros nos dediquemos a dialogar con el pasado para desenterrar sus tesoros y aprender sus enseñanzas, sabedores de que en la Iglesia la Tradición no es lastre que detenga y anquilese, sino fermento de novedad, raíz de vida y energía que es al mismo tiempo conservación y progreso.

Nuestra Academia, como con acierto ha puntualizado la prensa colombiana en sus comentarios, nace con un amplio sentido de colaboración científica y en plan de iluminar la totalidad de la acción de la Iglesia en Colombia. De ahí que junto al historiador estrictamente considerado agrupe también a los peritos en varias artes: pintores, escultores, arquitectos, músicos; al filósofo de la historia, al conocedor y crítico de la literatura, ya que en todos estos campos hizo la Iglesia grandes cosas en beneficio de nuestro país.

Nacida la Academia en una hora de manifiesta integración eclesial ha querido muy de propósito que en la lista inicial de socios fundadores no faltara una nutrida representación de laicos, servidores insignes de la Iglesia, a cuyo lado figuran, además del Arzobispo fundador, otro prelado egregio por su labor pastoral y sus investigaciones históricas, un grupo de sacerdotes orlados por el prestigio de sus virtudes y de sus publicaciones, una selecta representación de las órdenes y congregaciones religiosas que desde el descubrimiento hasta hoy han realizado tan sacrificada labor en el terreno de las misiones, del pastoreo espiritual y de la cultura y, finalmente, dos representantes de España, arquitecto y catedrático el uno, religiosa de hábito la otra, para que en el momento en que el Concilio admite como auditoras a las mujeres, nuestra Academia les abra las puertas, y en este caso con sobrados y reconocidos merecimientos.

Con el paso de los días serán nombrados nuestros corresponsales en el extranjero; pero hoy me place anotar aquí que entre los socios fundadores no ha faltado, no podía faltar, la presencia de aquella España que pervive en la raíz de todo lo que Colombia puede ostentar ufanamente como logro de civilización y como presea de espiritualidad.

No me es posible terminar estas reflexiones sin proferir unas obligadas palabras de gratitud.

Primeramente al Excelentísimo Sr. Don Tulio Botero Salazar, Arzobispo de Medellín. Oriundo de gentes y tierras eficaces, organizador y dinámico por tem-

peramento y por sentido pastoral, él vió, intuyó y decretó sin tardanza. Y la Academia se hizo. Mi Dios, la Iglesia y Colombia se lo paguen, señor arzobispo.

En segundo lugar a Monseñor Félix Henao Botero, hombre legión, a quien Cristo y su Bolivariana le están absorbiendo los días en un empeño de educación que ha entrado ya en la historia grande del país. La Academia, amparada por su Universidad Eclivariana, se le ha vuelto a Monseñor un nuevo y dulce peso en el alma.

Finalmente, a todos vosotros, señores académicos, colegas ilustres, que habéis entregado a esta nobilísima empresa el prestigio de un limpio nombre, el acervo de vuestras eruditas disertaciones, la promesa de futuras tareas y el aliento de vuestra colaboración.

La Academia, su revista que deberemos cuidar esmeradamente, sus proyectadas colecciones, su museo eclesiástico, su biblioteca incipiente pero que hemos de enriquecer con adquisiciones preciosas, sus programas de investigación y divulgación, todo ello espera vuestra contribución generosa y asidua, que no será, en definitiva, sino una demostración de amor, de adhesión, de fidelidad y de servicio a Cristo y a su Iglesia.

Permitid que al rematar estas sencillas divagaciones mías que cualquiera de vosotros hubiera podido y debido pronunciar con más visibles merecimientos, os deje en el alma una sugerencia, una incitación y un estímulo. Al terminar el teólogo alemán Karl Adam su libro "La esencia del catolicismo", se pregunta así:

"¿Qué sería el cielo sin Dios?"

"¿Qué sería la tierra sin la Iglesia?"

¿Qué sería —me pregunto yo y os pregunto a vosotros— que sería Colombia sin la Iglesia católica?

Señores académicos, vamos a servir con la vida y con las obras a Colombia y a la Iglesia. Filialmente.

INTRODUCCION AL HUMANISMO

Por Sergio Mejía Echavarría

- I -

Las cosas son desde siempre, intento pensar a veces. Desde el principio de los tiempos. Desde que la nada abrió paso a la fuerza del Creador y Este, dueño absoluto de todo, puso al hombre al lado de aquellas.

Desde entonces todo ha existido. Escondido en las sombras de lo ignorado, en los resquicios de lo desconocido, pero presente en algún lugar del cosmos. Y un día, ante la mirada sorprendida del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios y sin quien nada puede, las cosas, esas "cosas" ignoradas, surgen para vivir y convivir el mundo de lo conocido. Un buen día las cosas empiezan a "ser", aunque siempre "hayan sido".

Es un destino un tanto paradójico el que se me ocurre: el comienzo de las cosas que ya "son". Empezar a "ser" lo que ya "es".

Notas

- II -

Y así fue el Humanismo, pienso.

Algo que desde siempre, desde el momento mismo en que la chispa de la consciencia humana se encendió, "fue", aunque miles de años después empezara a "ser".

El Humanismo, como trascendencia del hombre mismo, como sublimación y búsqueda de esas cualidades inherentes a él, no empieza en el siglo XIV, así la historia lo diga. Esta es apenas la fecha, el largo instante colocado sobre los tiempos en que los hombres encuentran el nombre para una manifestación que ya les era peculiar a muchos de sus antepasados. El proceso comparativo así lo define y así le coloca en la historia.

Nos lleva, pues, este accidente en torno del ser, a definir los momentos del humanismo, su presencia, su existencia y su razón.

¿Puede hablarse de un "humanismo" cuando Dante? Sí; pero es el humanismo definido como tal. Porque, aunque Dante, Petrarca, Boccaccio o Cavalcanti, no hubiesen sido humanistas, antes que ellos otros hombres, otros pensadores, otros poetas y otros artistas, habían dejado la huella de su existencia impregnando la consciencia de los hombres y la historia.

Muchos otros, atrás, en el tiempo, habían buscado esa trascendencia, habían buscado al hombre en el hombre mismo para llevarle más allá. Cuando ello ocurrió nadie los llamó de ninguna manera. Apenas si fueron contemporáneos de quienes desde su anonimato les contemplaron como las figuras magnas de su edad, como el orgullo de su raza y de su estirpe. Nada más. Luego, esos anónimos, esos "héroes anónimos" prolongaron el nombre de sus contemporáneos más allá de lo temporal de sus vidas.

Entonces una nueva medida tuvo el Hombre de aquellos hombres: Esquilo, Sófocles y Eurípides, Homero, Platón y Aristóteles... se irguieron ante las generaciones futuras y empezaron a llevar un nombre.

Había sido necesaria la historia y los días para que lo que antes era surgiera a los ojos de los hombres. Porque antes también eran. ¿Acaso el Homero de los griegos no era el mismo Homero nuestro? Era el mismo, a pesar de las leyendas que rodean su nombre. Pero sus contemporáneos no podían definirle, ni sabían hacerlo quizás. No tenían un punto de correlación que les permitiera la medida exacta de su genio. Ellos apenas convivían con el maravilloso ciego, le admiraban los unos, otros tal vez, le odiaban, pero todos le reconocían. Mas, no era el clásico; apenas era el hombre, el poeta, el artista. Y dentro de todo ello, Homero como Esquilo, Sófocles, Platón o Aristóteles, era un "humanista" sin nombre. Faltaban muchos años, muchos siglos, para que a expensas de ellos y de su obra, surgiera el Humanismo.

El paso del tiempo descubrió en Homero, en sus contemporáneos, lo que siempre habían sido y la historia puso en torno de sus nombres una rúbrica, ápice inicial del pensamiento, del arte y de la ciencia: clásicos.

¡Modelo! He ahí el modelo a partir del cual surgirán todas las demás corrientes, escuelas y formas. Cada proximidad o cada lejanía de lo clásico pide un nombre y la existencia de aquellos condiciona las restantes, a pesar de ellas mismas.

Sin embargo, la búsqueda del pasado no se detiene. Ya decía, desde el momento mismo en que la chispa de la consciencia humana se encendió, nació el humanismo. Tengo fe en ello. El afán de darle a los actos humanos una razón, una sublimación; la búsqueda de los antiguos dioses en el trueno o en el relám-

Notas

pago; la fe en la inmortalidad del alma; el culto a los muertos; el afán de perpetuar las leyendas tejidas de mito y realidad, son formas rudimentarias de humanismo. De un humanismo que llegará a la cima cuando se identifique con aquellos hombres que la historia llamará clásicos, en la persona de quienes volverán la mirada sobre ellos para inspirar su vida y su obra.

Entonces sobre la historia quedan sombras ignoradas a las cuales un día Cicerón llamó "humanitas", el siglo XIV "humanismo" y por correlación se les llamó "humanistas" a quienes buscaban esas sombras...

Tal vez los humanistas sean de entonces, porque hay una vocación, una intención decidida en quienes vuelven la mirada sobre el pasado para construir con su ejemplo el presente y el futuro. Pero el humanismo es de siempre. Desde que los hombres piensan. Desde que buscan una razón de ser mejores. Desde que se cuidan en pos de una humana trascendencia.

Desde que los griegos levantan con orgullo su cabeza de gigantes de todas las generaciones, pasando por los romanos, por los monjes que rastrean retazos de antigüedad en busca de la sabiduría, hasta prolongarse a todos los hombres y a todas las edades.

Y entre todo ello el humanismo es cristiano por excelencia, porque fueron los cristianos quienes volvieron la mirada al pasado remoto buscando la huella de los clásicos; ellos fueron los primeros que persiguieron en su obra aquella luz esplendorosa que les haría perdurables; fueron los cristianos, dueños de la única y verdadera fe, quienes adivinaron en los antiguos aquella riqueza inefable que podría acompañarles en el auténtico y trascendente destino. Entonces de lo uno y lo otro, del caudal que llevaban consigo los viejos nombres de la literatura y el arte y del espíritu que ardía en los cristianos, nació el gran humanismo que va más allá del hombre mismo, por el hombre, en busca del Creador, en pos de lo eterno.

El verdadero humanismo es cristiano porque siendo el humanismo aquel movimiento espiritual que busca la trascendencia del hombre y su sublimación, ningún camino mejor que el cristianismo que conduce hacia Dios como fin último y supremo.

- III -

Definidos estos aspectos conceptuales del humanismo, le encontraremos de veras, en la historia y en el tiempo, en el siglo XIV. Como una consecuencia lógica de aquel seudoromanticismo que dominaba la época, apareció este movimiento avasallador incubado entre las paredes de los monasterios, extendido fuera de ellos y el cual habría de dominar el mundo occidental. Tal era su fuerza.

No era un golpe de suerte; un engendro de la casualidad. Era la necesaria actitud del hombre que veía perderse lo mejor de sí mismo y quiso salvarle. Era la conclusión obligada de una mediocridad que se iba expandiendo sin resistencia alguna y entonces hubo un momento en el cual esa resistencia "fue" y se llamó "humanismo".

En este orden de cosas puede afirmarse que primero fueron los humanistas y luego el humanismo. ¿Quién podrá negar, insisto en la idea, los nombres de muchos que antes del siglo XIV perdiéndose en la distancia de los tiempos, se comportan y viven como humanistas?

Cuando el humanismo llegó, faltaba un siglo para hacerlo el Renacimiento y ambos con un siglo de diferencia, buscaron a Italia para encontrar el ser. Italia era una tierra pródiga, partida en mil pedazos, es cierto, pero que conservaba

la religión, el idioma y la raza como base de una unidad espiritual, aunque careciese de la política. Pero la política no importaba. Italia estaba colocada estratégicamente en la historia, en el espacio y en el tiempo para recibir y engendrar estos dos movimientos hermanos: que el humanismo va al fondo y el renacimiento a la forma, pero sus objetivos son similares. De ahí que al humanismo integremos las ciencias sociales, literarias, filosóficas e históricas, en donde predomina el pensamiento, mientras el renacimiento asimila los fenómenos artísticos de esencialidad plástica.

El humanismo empezó por ser una restauración filológica. No cabe duda. Al cabo del tiempo, en el siglo XIV, y aún en el XIII cuando encontramos los primeros vestigios de un humanismo histórico, la necesidad de investigar las obras de los clásicos obligó, a quienes lo quisieron, a depurar lo que quedaba de aquellos. La edad media, en mitad de su sinceridad había sido fuente de múltiples equívocos en la obra de los antiguos, dado que el fanatismo o la ignorancia, pese a la buena intención de los investigadores medievales, había alterado la pureza de los clásicos. Entonces los nuevos "humanistas", los primeros que así fueron llamados en la historia, tuvieron que entregarse a la penosa labor de devolverles su entereza original, eliminar de lo que restaba todo lo que tenía sabor a ajeno. Purificar el lenguaje, restaurar las obras: labor ímproba que cumplieron aquellos humanistas a cabalidad, haciendo, en cierto modo, de aquel juego filológico, la raíz de una corriente, de un movimiento que llenaría las edades.

LOS LAICOS SON IGLESIA

Por René Uribe Ferrer

Parecería superflua la pregunta de si los laicos son o no Iglesia. Es evidente que en las epístolas de San Pablo el nombre de Iglesia se aplica ante todo a la universalidad de los fieles. Basta recordar el texto de la dirigida a los Efesios, cuando nos dice que el Padre, "a El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos" (1, 22).

El capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles nos habla de los *apóstoles*, los once que quedan después de la ascensión del Señor; pero también de los *hermanos*, que eran como "unos ciento veinte" (1, 15). Vemos allí claramente la organización de los fieles bajo una jerarquía. Ya la Iglesia aparece integrada por unos y otra. La noción de una Iglesia invisible, como la querrá después Lutero, y la de una Iglesia reducida a la Jerarquía, son extrañas a los textos del nuevo testamento, interpretados en su totalidad.

Después de Pentecostés la Iglesia comienza a crecer por la conversión de nuevos miembros que ingresan a ella por medio del bautismo. O sea, que ingresan en calidad de laicos. Y pocos de ellos recibirán posteriormente la imposición de manos que constituye el sacramento del orden.

Esa Iglesia así constituida por clero y laicado será la que se enfrente en los primeros siglos a las persecuciones del Imperio. Y víctimas del martirio serán pontífices como Pedro, obispos como Cipriano, presbíteros como Evencio y Teóduo, diáconos como Lorenzo, vírgenes como Inés, esposas como Felicidad y Per-

petua, soldados como Sebastián, filósofos como Justino. Cuando la Iglesia se enfrenta heroica e inerme al mundo, los lazos internos y externos que unen a sus miembros son demasiado poderosos para que pueda manifestarse la oposición clero-laicado. La Iglesia es, en la conciencia de todos y cada uno de sus fieles, la totalidad de estos unida a Cristo por la gracia del **Espíritu Santo**.

Pero cuando termina la época de las persecuciones, y comienza la de la protección imperial con Constantino, las circunstancias históricas comienzan a rodear al clero de privilegios temporales cada vez mayores, y entonces van apareciendo también diferencias económicas, sociales y políticas. Y en la elaboración teológica comienza la tensión. Berdiaeff nos ha recordado que la Iglesia soportó más victoriosamente la persecución de los primeros emperadores que la protección de los últimos. Y así, aunque la enseñanza infalible de la Jerarquía no llegue nunca a desfigurar la verdadera doctrina, en las mentes de muchos fieles y de no pocos teólogos las nociones se oscurecen y vuelven confusas. De hecho la historia de la Edad Media es, en buena parte, la de la lucha entre el poder civil y el poder temporal, con abusos lamentables y frecuentes de parte y parte.

Y aunque en el magisterio oficial se mantenga siempre la noción de Iglesia como totalidad de los fieles, en la práctica el laicado queda reducido a una posición pasiva dentro de ella. Es la Iglesia discente, la que escucha, obedece y no más. La única misión apostólica laica será la de los príncipes y señores feudales, que tendrán la obligación de ayudar con las armas a la extensión del reino de Cristo. Los demás fieles, aunque sean algunos de ellos duchos en teología, no son llamados nunca a ninguna actividad de apostolado.

Algunos apologistas piensan que este apostolado no era muy necesario en una época de unidad cristiana, como lo fue la Edad Media. Basta estudiar un poco la historia para concluir que esa visión es ingenua y utópica. La aparente unidad católica de los siglos medios encubre una gran cantidad de supervivencias paganas: supersticiones, venganzas, juicios de Dios, duelos, crueldad; y de nuevos pecados aportados por la malicia de los cristianos. Basta leer dos famosas obras del siglo XIV —La Divina Comedia y El Diálogo de Santa Catalina de Sena— para darnos cuenta de la honda corrupción de los siglos llamados inexactamente por antonomasia cristianos. Corrupción que convive —y ello es también evidente— con prodigios de santidad y de fe y con una edad de oro de las ciencias eclesiásticas. Analizado así el fenómeno, es innegable que una adecuada comprensión de la función activa de los laicos dentro de la Iglesia hubiera sido benéfica para la causa de Cristo.

Viene luego la catastrófica ruptura de la Reforma protestante. Y como reacción, necesaria y salvífica pero a veces excesiva, la Contrarreforma. Frente a los reformadores que niegan la existencia de toda Jerarquía en la Iglesia, habrá que afirmar la legitimidad y necesidad de ella, como lo hará el Concilio de Trento. No puede haber Iglesia sin Jerarquía, dentro del plan de Cristo. Pero el Concilio no reducirá la Iglesia a la Jerarquía, porque la Jerarquía es para el gobierno y servicio de la Iglesia. En el Catecismo que según el decreto del Concilio de Trento, publicó San Pío V, después de analizar los diversos sentidos de la palabra Iglesia, se dice textualmente: "Pero después, según el uso constante de las Sagradas Escrituras, se empleó esta voz únicamente para significar la sociedad cristiana y las congregaciones de los fieles, esto es, de los que son llamados por la fe a la luz de la verdad y al conocimiento de Dios,... y, para compendiar todo esto en una sola palabra, la Iglesia, como dice San Agustín, es el pueblo fiel esparcido por todo el mundo" (I, X, 2).

Notas

Sin embargo, a partir del siglo XVI comienza a notarse en muchos textos teológicos la costumbre de aplicar el nombre de Iglesia únicamente a la Jerarquía; y hoy todavía en el uso común se cae frecuentemente en anfibología: la Iglesia es a veces la comunidad total de los fieles; pero en otras es únicamente el Papa y los obispos: la Iglesia docente.

Cierto que a partir del siglo XVII, el gigantesco esfuerzo de la Contrarreforma, que es la lucha de las fuerzas vivas de la Iglesia contra la escisión y contra la corrupción, producirá movimientos de laicos para el apostolado. Sirvan de ejemplo Pascal y Quevedo en el campo intelectual, o Renty en el misionero. Pero se trata de casos aislados, aunque no excepcionales. Y tuvieron que vencer frecuentemente la oposición del lado clerical.

Hay que esperar hasta el siglo XIX, el calumniado siglo XIX, para encontrar los primeros movimientos organizados de apostolado seglar. El sueño utópico de la Edad Media de que existía una Europa totalmente cristiana, se había desvanecido. La realidad era que la Iglesia tenía otra vez conciencia de vivir en medio de un mundo perseguidor o indiferente. Y ello lleva a fuertes núcleos de laicos a darse cuenta de su misión activa dentro de la Iglesia: la de cristianizar el mundo. Pero se cuenta con la oposición de clérigos y obispos numerosos. Recordemos que el arzobispo de Rouen escribía contra Montalembert y su grupo: "Lo mejor que pueden hacer es rezar". Gracias a Dios también había pastores como el cardenal Newmann que protestaban contra tal criterio: "En cuanto me es dado ver, existen en toda Europa eclesiásticos cuya política consiste en tener el laicado a distancia, de manera que el laicado se ha disgustado y ha pasado a ser infiel". Desde la Edad Media el laicado era considerado por casi todos como algo pasivo dentro de la Iglesia, y ello explica esa actitud suicida.

Sin embargo, a partir de León XIII, la Jerarquía eclesiástica irá tomando cada vez más conciencia de que los laicos deben ser miembros activos de la Iglesia, y que el deber del apostolado obliga a todo fiel cristiano y no únicamente a los clérigos y religiosos. En su alocución a los cardenales en 1946, Pío XII afirmaba que la Iglesia "progresa, ante todo, en profundidad, luego, en extensión y en amplitud. Ella busca primeramente al hombre mismo; se afana por formar al hombre, por modelar y perfeccionar en él la semejanza divina. Su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión durante toda la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno. Con hombres así formados, la Iglesia prepara a la sociedad humana una base sobre la cual pueda ésta apoyarse con seguridad... Bajo este aspecto los fieles, más concretamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por esto, ellos, especialmente ellos, deben tener un convencimiento cada día más claro, no sólo de que pertenecen a la Iglesia, sino de que son la Iglesia".

Hay en este magnífico párrafo dos afirmaciones fundamentales: los laicos son Iglesia, son miembros activos de la Iglesia; y su función dentro de ella es la cristianización de la sociedad humana: del mundo. Los sacerdotes y religiosos, por exigencia de su consagración, están separados del mundo. Los laicos estamos en el mundo y nuestra misión es la de consagrar el mundo, hacerlo íntegramente cristiano. ¿Cuál mundo? El de la cultura, el de la política, el de la economía, el de la familia, el de las diversiones. Porque no hay actividad humana que escape a la exigencia cristiana, a la sobrenaturalización de la gracia. El cristianismo es la única doctrina auténtica y válidamente totalitaria.

Sin embargo, esta doctrina, que es la verdadera doctrina de la Iglesia, no ha sido suficientemente comprendida por muchos de sus hijos: sacerdotes y seglares. Una gran mayoría de los laicos ha aceptado satisfecha su posición radicalmente pasiva dentro de la Iglesia. Para quienes así piensan, la Iglesia es una organización que está obligada para con ellos en muchas maneras: debe administrarles los sacramentos, enseñar a sus mujeres y a sus hijos y por último suministrarles un seguro de vida eterna. Ellos en cambio no tienen frente a la Iglesia ninguna obligación sino, a lo sumo, el derecho de someterla a una crítica destructiva. En nuestro medio esta actitud no es escasa, y eso que es de los más bien formados católicamente.

Y de parte del clero y los religiosos se observan a veces actitudes paralelas a la anterior e igualmente desenfocadas. Unos pocos todavía piensan que el laico no tiene en la Iglesia más misión que la de escuchar, rezar y, en lo demás, callar. Otros no comprenden el sentido de la misión laical: la de cristianización, consagración del mundo. Para ellos el mundo es incapaz de salvación; todo lo que no sea aparente e inmediatamente religioso está fuera de su jurisdicción. Por ello su contacto con seglares se reduce en la práctica a los sectores de la beatería y de la mogigatería. Y el resultado es que cada vez se acentúa más el desprecio del mundo y de las realidades mundanales, como las políticas, económicas y culturales, que a pesar de quienes así piensan, siguen siendo susceptibles de cristianización y necesitan ser cristianizadas. Por último un tercer grupo piensa que el seglar sí tiene una misión activa dentro de la Iglesia, pero que ella debe ser orientada, dirigida, controlada y reglamentada hasta en sus menores detalles por la Jerarquía y por el clero. Esta es, de las tres actitudes analizadas, la predominante hoy día.

Para juzgar de ella, me remito a una pastoral del arzobispo de Munster publicada en 1957: "Que los sacerdotes vuelvan a tomar en serio su actitud de servicio en el conjunto de la Iglesia. No está bien cargar a los laicos con todos los trabajos posibles, y negarles su independencia; es insoportable considerar y tratar a los laicos como recaderos siempre disponibles. Aunque el sistema-bajá haya ya fenecido, no ha desaparecido todavía un cierto paternalismo, que los hombres de hoy no toleran ya. Habría que reconocer tranquilamente la superioridad del laico en los dominios en que es algo entendido. Habría que considerar a los laicos como completamente pariguales, y en modo alguno como subalternos".

El apostolado laico debe ser activo y con libertad e independencia de iniciativa, pero, claro está, sometido a la Jerarquía. Hay que buscar el equilibrio entre la absorción paternalista y la anarquía antijerárquica. Tal equilibrio no es fácil de lograr, por la sencilla razón de que ha de estarse realizando perpetuamente, pues perpetuamente se corre el riesgo de falsearlo a favor de uno u otro extremo. Para mantenerlo se requiere, fuera de la gracia divina, el convencimiento, de una parte, de que la jerarquía y el clero son para el servicio de la Iglesia y no al revés; y de otra parte, la conciencia de que la Iglesia de Cristo es y tiene que ser jerárquica, y que la Jerarquía ejerce la autoridad suprema sobre la Iglesia en la tierra en nombre de Cristo. Enfocado así el problema, con espíritu sobrenatural, las dificultades, que habrán de presentarse siempre, podrán siempre superarse.

En resumen, creo que la labor apostólica de los laicos dentro de la Iglesia debe estar dotada de espontaneidad, libertad y sometimiento a la Jerarquía.

EVOCACION DE MONSEÑOR MANUEL JOSE SIERRA

Por Juan Botero Restrepo, Fbro.

Siempre que quiero tener la encarnación precisa de lo que en mi concepto es el hombre verdaderamente superior, acude a mi memoria de manera casi mecánica la figura austera, profunda, sencilla y genial de quien en forma admirable conjugó en su vida de manera bastante perfecta las facetas aparentemente diversas de pastor acabado, teólogo profundo, temperamento enérgico y amigo imponderable.

Era yo muy niño todavía cuando recibió el nombramiento de cura párroco de Sonsón, mi ciudad nativa. Acababa de tener lugar el movimiento huelguístico estudiantil del Alma Mater, del año 32, uno de los más graves que se hayan registrado en la historia universitaria de Colombia, y a pesar del dilema gubernamental de "Sierra o cierro", que implicaba la decisión indeclinable de conservar al Dr. Sierra al frente de los destinos universitarios de Antioquia, el sacerdote que sólo quería la paz para su espíritu y tenía una honda comprensión del problema, acababa de aceptar el canje del claustro universitario por la rectoría de la más importante parroquia rural de la arquidiócesis, y animoso, había marchado a la ciudad, que se honraba una vez más de tener en su jefatura espiritual a un varón de tan aquilada fisonomía moral como sus anteriores.

Comenzamos entonces a mirarlo cruzar la plaza, con el paso solemne que lo distinguía, con su clásica pesada capa de paño sobre sus hombros, con las hebillas de plata sobre los zapatos, y lo que es más, con su mirada profundamente penetrante, con su gesto imponente, capaz de rendir al más empinado espíritu, con su carácter definido y cortante, y con su pose raramente estructurada. La ciudad se daba cuenta entonces que el nombramiento canónico reciente había sido ampliamente favorable para ella, y que no merecía ciertamente la delicadeza con que era tratada por el pastor arquidiocesano.

El equipo de cooperadores, sacerdotes y laicos, que comenzaron a acompañarlo en su gestión pastoral, nos dió la impresión desde el primer momento que el nuevo párroco tenía un programa de acción ampliamente planeado y perfectamente concebido. Que su acción no habría de ser disgregada y solitaria, sino que contaba con un grupo de instrumentos ya conocidos y experimentados, que le aseguraban el éxito en la labor; eran de una parte levitas jóvenes, inteligentes y dinámicos, cuyos conocimientos teológicos y filosóficos él mismo se había encargado de fijar en la mente en su tránsito por las más altas cátedras del Seminario Conciliar, y de cuya capacidad tenía una seguridad plena y certera. Se trataba de los Padres Sanín Echeverri, León Rivera y Naranjo Villegas, dignos componentes de un brillantísimo equipo sacerdotal, salientes por su inteligencia, su comprensión del apostolado y sus virtudes cristianas, y por otra, los nobles profesores universitarios, que, fieles a su gran capitán, no querían abandonarlo en ningún momento, y entre ellos recuerda mi memoria a los señores Harry, Juan Martínez, Jorge Fernández, Eduardo Restrepo Maya y Adolfo Duque, maestros ejemplares en su función pedagógica, altamente preparados para su ministerio docente, consagrados a su trabajo y seguidores incondicionales de la pauta del sin igual conductor. Se trataba, pues de todo un equipo humano, el más admirablemente concebido para encumbrar los intereses espirituales y pedagógicos de un gran pueblo.

Psicólogo profundo como era, y hombre altamente humano y comprensivo, el nuevo párroco comprendió prontamente la inmensa necesidad de hacer agrada-

ble la vida de pueblo de quienes acababan de abandonar la ciudad capital para seguirlo, y se propuso dulcificar y hacer amables los momentos de reposo de todos ellos, detalle admirable que yo nunca olvidaré en la vida pastoral de Monseñor.

Hombre de rara inteligencia, no es raro que desde el primer momento se adaptara plenamente a su nuevo campo de acción, si bien su labor hasta entonces se había desenvuelto en el campo de la inteligencia y en la cátedra encumbra-da de la Universidad o el Seminario. Prontamente supo compenetrarse con las aspiraciones espirituales de las sencillas ovejas y principalmente con las del hombre del campo a quien amó entrañablemente.

Sus pláticas dominicales eran piezas admirablemente bien concebidas y bien acopladas a la capacidad de sus oyentes; observaba una acción discreta con su mano derecha, con la parte dorsal de la cual golpeaba suavemente sobre el borde del púlpito, comunicando a la transmisión del mensaje un énfasis y un vigor desconocido hasta entonces.

Personalmente visitaba las veredas campesinas, así fueran las más alejadas y que exigieran un mayor sacrificio, como los Rioverdes, y lo hacía gustosamente, a lomo de mula, en viajes pesados de jornadas enteras de camino solitario y empinado. En el mes de noviembre personalmente presidía la procesión de los difuntos todas las tardes; daba impulso a la Acción Católica, tan urgida entonces por los pontífices y tan desconocida en nuestros medios pastorales: organizaba clubs amistosos para la sana diversión de las juventudes y el desarrollo de una sana vida social y visitaba el Colegio que presidía, en el cual estimulaba a los jóvenes, los ayudaba pecuniariamente, dirigía los exámenes, e imponía la disciplina con la sola presencia de su enorme personalidad o con la imponente fijación de su mirada, que no requería más palabras, ni más advertencias.

Lo muy aquilatado de su valor personal resaltó admirablemente en aquel tiempo en que tuvo que afrontar situaciones tan difíciles y delicadas como el crimen oscuro del Colegio, la animadversión injusta de pequeños círculos pueblerinos, y otras por el estilo.

Aunque poseedor de alguna fortuna pecuniaria recibida por herencia familiar, fue admirable el espíritu de desprendimiento de que siempre estuvo animado; a sus vicarios cooperadores nunca exigió nada a título de sostenimiento, aunque él cubría de su propio peculio los gastos de la casa parroquial, y cuando había algún estudiante de buenas cualidades que requería y merecía el estímulo y la ayuda económica para salir adelante, se sabía que el Dr. Sierra asumía los gastos del caso y que lo hacía con admirable devoción y cariño.

Nunca era más fácil sentir más de cerca la encarnación de la responsabilidad. Esta era como la nota distintiva de su gran carácter; él medía la calidad de las personas con este justo criterio; exigía estrictamente el cumplimiento del deber, encarecía la disciplina severamente, asistía a las sesiones de premiación y de su propia mano los alumnos recibían estímulos inolvidables para ellos, y el cuadro de jóvenes profesionales que a la sazón iniciaban el ejercicio de su carrera en la ciudad, sentía muy de cerca el estímulo y la compañía admirable de este señor que al mismo que padre era consejero fiel, amigo, estimulante, colega, hombre letrado, persona de categoría y apóstol incansable.

La virtud de la humildad tenía en él raigambres profundas y esto podía apreciarlo quien penetrara un tanto en su alma. Su pose era enérgica y a veces causaba la impresión de un orgulloso señorío, pero la verdad íntima era muy otra, porque dentro de esa egregia personalidad anidaba el alma de un niño, que entendía de recreaciones infantiles, que gozaba viendo disfrutar honestamente a

Notas

los jóvenes seminaristas y que entendía del chascarrillo humorístico sano, del recreo familiar y del solaz en las horas posteriores a la jornada rendida.

La dialéctica de Monseñor Sierra era escudo formidable; sus cualidades filosóficas eran verdaderamente asombrosas y de ellas da testimonio en su libro de Apologética que en muchas ocasiones le sirvió de texto en sus cátedras de la Normal y del Colegio de Varones. Tenía la cualidad muy rara de saber leer y de penetrar profundamente lo que leía. En las obras teológicas del Cardenal Billot que él asimiló estupendamente y que a su muerte donó a la Biblioteca del Seminario Conciliar, es frecuente encontrar anotaciones marginales, subrayados, interjecciones y otros signos que demuestran la pasmosa penetración de la materia, porque nunca leía sin estudiar. Esto era más visible aún, cuando al estudiar un argumento sacaba de él posibles objeciones a la tesis, objeciones que a pocos seguramente se ocurrirían y que él anotaba fielmente a la margen con la abreviatura de DIF, (dificultades).

En la obra realizada en la Pontificia Bolivariana no me detengo, porque es más conocida y está fresca aún su memoria en el pujante claustro. Baste con decir que el Alma Mater Católica lleva impreso el sello de la personalidad del Primer Rector; que la amó y a más de su inteligencia y de su dinamismo aportó a la creación parte de su peculio; que supo escoger sus colaboradores inmediatos con innegable acierto, y que a ella vinculó el grupo admirable de profesores que siempre lo acompañaban a donde quiera que él marchaba.

Ya están próximos los cinco lustros de falta de este hombre extraordinario, que no estaba acabado para haber rendido la jornada cuando la Universidad aún podía esperar muchísimo de la potencia de su inteligencia creadora. No sé si por haberlo conocido y amado y haber gozado de su amistad en el tiempo de mi juventud, su estampa señorial quedó tan profundamente impresa en mi alma y dejó en ella una huella tan difícilmente borrrable.

Termino con las palabras con que inicié estas líneas: cuando quiero pensar en la encarnación del hombre sinceramente superior, suelo acudir inmediatamente al recuerdo de Monseñor Sierra, porque en él encuentro concrecionado admirablemente mi criterio.

ORIGENES DE NUESTRA SOCIO-ECONOMIA

Por José Mejía y Mejía

El progreso industrial de Antioquia no se ha producido por azar ni generación espontánea, sino por el esfuerzo coordinado de varias generaciones creadoras, aunadas en una inflexible voluntad de transformación, y con bríos intrépidos para vencer los obstáculos naturales de un medio económico y social que en los albores del siglo presente apenas empezaba a descubrir —fuera de su inagotable caudal poético—, la extraordinaria energía motriz de las caídas de agua. Por aquí empezó en nuestro departamento —y en el mundo entero—, la llamada revolución industrial, la revolución del maquinismo y la rauda evolución del artesanado familiar que hubo de trasladar la fuerza de la madre y de la hija a la fuerza del vapor.

Y con el ritmo prodigioso e inusitado de las primeras máquinas, también en Antioquia se inauguraron los estudios que ahora nombran socio-económicos

Notas

para estimar los nuevos y complejos factores del hombre y la máquina, el problema de costos y de precios, la exacta y cristiana valuación del sudor obrero, la responsabilidad humana y ética de la clase industrial dirigente y su pericia técnica en el manejo de esa moderna y delicada comunidad que es la empresa privada.

En el año de 1919 conoció el Medellín arcaico que estrenaba las primeras chimeneas fabriles un maduro y reflexivo trabajo titulado "Salario y precio de costo", escrito por José María Bernal para recibir en la Escuela Nacional de Minas el título de Ingeniero Civil. El ilustre ensayista, economista y sociólogo Dr. Alejandro López, I. C., rindió el informe sobre esta tesis de grado, algo más que una glosa reglamentaria o de rutina. El Dr. López empezaba por ponderar no sólo la trascendencia del tema escarmenado, sino la seriedad de la inteligencia empeñada en indagaciones arduas y novedosas no desbrozadas en el ambiente universitario colombiano de la época. "Desde las primeras páginas —afirmaba el insigne economista—, se advierte que el estudio y la meditación, sazonados por la experiencia y el espíritu de investigación, dan a esta tesis una solidez rara en ensayos estudiantiles, y en todo el curso del escrito se nota tal aplomo en la exposición y una claridad tan agradable, que la lectura se hace de seguido y con creciente interés. No se desfloran los temas dejando en el ánimo del lector la impresión de lo que resulta cierto, pero incompleto, escaso e impreciso. Los ciclos del razonamiento son completos, y la doctrina que dejará en el ánimo del lector, es abundante y útil".

Hace medio siglo, el país abría desconcertado sus pupilas aletargadas en una vida eglógica a las mutaciones vertiginosas operadas por el maquinismo en otras latitudes, y es evidente que las modalidades, aspectos y secretos de ese ignorado mundo industrial eran para nuestras generaciones estudiosas universos arcanos, laberínticos, por colonizar, por penetrar. El Dr. Bernal —todavía no se había expedido quizás la primera ley laboral en el país—, trató en su científica lucubración problemas relacionados no sólo con los justos pagos salariales, contratos de trabajo y primas, sino lo relativo a los paros obreros, a la educación del proletariado, a la elevación de sus niveles de existencia intelectual, técnica y moral. Al desentrañar con amplia e incisiva mentalidad cristiana las múltiples facetas de las huelgas obreras, —su licitud, sus extravíos, sus fines adversos a la justicia social y los medios y remedios para prevenirlas—, el Dr. Bernal hacía singular hincapié en la política del manejo de la empresa, considerado por él como de vida o muerte para la paz, la concordia y el entendimiento entre las parte que intervienen en la producción. "A él toca —establecía sabiamente el Dr. Bernal—, más que remediar, prevenir las huelgas; el conocimiento íntimo de los obreros, de sus necesidades, de su trabajo y de sus aspiraciones, debe indicarle continuamente el estado general en que se encuentran y según eso conocer el momento en que se ha llegado a circunstancias que pueden motivar la huelga, para poner oportunamente el remedio. Si es posible, la evita, anticipándose con las mejoras que puedan prevenirla y si se produce, conoce el origen del mal y puede cortar lo inmediatamente". El Dr. Alejandro López pudo también juzgar en su informe sobre la tesis "Salario y precio de costo" que "bienvenidos serán los campeones de esta nueva agrupación de ideas que vienen a revelarnos la ciencia del manejo, a darnos las fórmulas del aprovechamiento económico de la fuerza humana y que pueden llevar la armonía entre los hombres que mandan y los que son mandados, entre el Capital y el Trabajo. Y cuán oportunamente le cae a la pobre Colombia este refuerzo de paz entre los elementos de la producción industrial! Coordinar

Notas

científicamente los elementos y los esfuerzos con utilidad para todos: he ahí la nueva fórmula”.

La Colección “Rojo y Negro” —publicaciones de la Universidad Pontificia Bolivariana juiciosamente dirigidas y seleccionadas por Gabriel Henao Mejía— rindió al Dr. José María Bernal un merecido tributo de exaltación al agrupar algunos de sus estudios medulares sobre asuntos económicos y sociales que él ha dominado con inteligencia maestra, profesoral y anticipada, ya que sus tesis o apreciaciones pueden —y deben leerse—, como páginas frescas y audaces de la actual socio-economía industria colombiana.

EDUCACION CONTRA DELINCUENCIA

Por Samuel Barrientos Restrepo

La pena sigue siendo medida de primer orden en la lucha contra el delito, porque ella, a decir, de Santo Tomás de Aquino, alivia el alma enferma por el pecado, la preserva de futuros males, promueve el bien en los demás e impone la paz en la sociedad.

Pero no podrá negarse que existen, fuera de la pena propiamente dicha, otros medios de defensa social, los denominados “sustitutivos penales” o formas de prevención general y particular, cuya importancia es reconocida generalmente.

Sin embargo, los autores que han enumerado aquellas medidas, guiados por un criterio materialista, por una concepción determinista del universo, olvidaron mencionar el “sustitutivo” de mayor valor para apartar a los hombres de los falsos placeres que la comisión del crimen suele proporcionar: la educación religiosa.

Bien está que se castigue el reato, que se combatan el alcoholismo y la enfermedad, que se persigan la prostitución y el vicio, que se organice la economía, que se aumente la producción y se repartan eficazmente los bienes que ella suministre, que se alumbren las grandes ciudades y los pequeños burgos, que se suministre vivienda al pobre, que se dé pleno empleo al trabajador de la ciudad y del campo, que se cree y dote la policía científica, que se establezcan cárceles, sanatorios y colonias agrícolas, que se resuelva el problema de la alegría, etc., pero todo esto no llevará al resultado que busca la justicia penal —el reinado de la paz entre los hombres—, si no se atacan en su raíz la inmoralidad y la delincuencia, por medio de una esmerada educación religiosa.

El hombre, dueño de una alma simple e inmortal, es libre en sus pensamientos y libre en sus voliciones. Llega al delito, porque conoce el hecho que lo constituye, quiere ese hecho y lo ejecuta en el campo externo. De donde se deduce que, en la mayoría de las ocasiones, el delito es el resultado de las malvadas inclinaciones del libre albedrío, que se deja domeñar por la pasión.

Pues bien, para enderezar una voluntad descaminada, aclimatar el alma al bien, robustecer la conciencia, “sacudir el yugo de las pasiones”, atemperar la personalidad individual, quebrantar la triple concupiscencia de que habló el Apóstol, limitar las influencias exteriores y destruir los llamados factores de delincuencia, en cuanto ello sea posible, es necesario, ante todo, educar religiosamente al

hombre y a la sociedad, esto es, enseñarle sus deberes frente a Dios, frente a la sociedad y frente a sí mismo.

La religión y sólo ella enseña al individuo que debe vencerse a sí mismo, y le muestra, al mismo tiempo, los medios indispensables para alcanzar su plenitud espiritual y material, en orden a que el alma noble y fuerte descanse en apropiado albergue de carne sana y limpia. "Para vencernos —ha enseñado un ilustre escritor— se requiere de un auxilio de orden superior, que a nadie se niega".

Es exacta, por consiguiente, la anotación hecha por el expresidente de los Estados Unidos de América, señor Truman: "Las cuitas de la naturaleza humana —dijo— no se resolverán sobre bases meramente económicas, sino sobre la conquista de los grandes valores culturales", lo que equivale, en otras palabras, a la enseñanza divina: "No sólo de pan vive el hombre".

Cuando se vislumbra la proximidad de un nuevo orden, que reemplazará al actual, se podrá, por tanto, llegar a esta conclusión: habrá un nuevo orden, sí, pero éste será un orden cristiano, será el retorno de una humanidad lacerada y doliente a las lumbres del Calvario, será la aceptación por un mundo, que se desmorona entre relámpagos de desintegración atómica, de las sencillas enseñanzas del Sermón de la Montaña. Que es, de la misma suerte, el pensamiento de paz promulgado por la Iglesia, en constante mensaje a los hombres.

Para combatir el delito, obtener la tranquilidad individual e imponer la paz, el Estado y los ciudadanos tienen el imperativo deber de intensificar la enseñanza religiosa en escuelas, colegios y universidades, de buscar un mayor acercamiento de la juventud a Cristo, su "hermano adorado y amigo dulcísimo", de buscar una mayor comprensión de sus funciones en los gobernantes y de sus obligaciones en los gobernados y de demandar, finalmente, de la sociedad un profundo respeto a los divinos mandatos.

Cumplida esta tarea, se comprenderá cómo la educación religiosa es, en verdad, el antídoto infalible contra la perversidad humana, el fundamento único de pacificación, la negación del delito y, en una palabra, el "sustitutivo penal" por excelencia, destructor de todo desorden y moderador de toda ambición.